

- Luis de Góngora

Arrojóse el mancebito
al charco de los atunes,
como si fuera el estrecho
poco más de medio azumbre.

Ya se va dejando atrás
las pedorreras azules
con que enamoró en Abido
mil mozuelas agridulces.

Del estrecho la mitad
pasaba sin pesadumbre,
los ojos en el candil,
que del fin temblando luce,

cuando el enemigo cielo
disparó sus arcabuces,
se desatacó la noche
y se orinaron las nubes.

Los vientos desenfrenados
parece que entonces huyen
del odre donde los tuvo
el griego de los embustes.

El fiero mar, alterado,
que ya sufrió como yunque
al ejército de Jerjes,
hoy a un mozuelo no sufre;

mas el animoso joven,
con los ojos, cuando sube,
con el alma, cuando baja,
siempre su norte descubre.

No hay ninfa de Vesta alguna,
que así de su fuego cuide
como la dama de Sesto
cuida de guardar su lumbre.

Con las almenas la ampara,
porque ve lo que le cumple,
con las manos la defiende
y con las ropas la cubre;

pero poco le aprovecha,
por más remedios que use,
que el viento con su esperanza
y con la llama concluye.

Ella, entonces, derramando
dos mil perlas de ambas luces,
a Venus y a Amor promete
sacrificios y perfumes;

pero Amor, como llovía,
y estaba en cueros, no acude,
ni Venus, porque con Marte
está cenando unas ubres.

El amador, en perdiendo
el farol que lo conduce,
menos nada, y más trabaja,
más teme, y menos presume.

Ya tiene menos vigor,
ya más veces se zabelle,
ya ve en el agua la muerte,
ya se acaba, ya se hunde.

Apenas expiró, cuando
bien fuera de su costumbre,
cuatro palanquines vientos
a la orilla lo sacuden,

al pie de la amada torre
donde Hero se consume,
no deja estrella en el cielo
que no maldiga y acuse.

Y viendo el difunto cuerpo,
a vez que se lo descubren
de los relámpagos grandes
las temerosas vislumbres,

desde la alta torre envía
el cuerpo a su amante dulce,
y la alma a donde se queman
pastillas de piedra zufre.

Apenas del mar salía
el sol a rayar las cumbres,
cuando la doncella de Hero,
temiendo el suceso, acude;

y, viendo hecha pedazos
aquella flor de virtudes,
de cada ojo derrama
de lágrimas dos almudes.

Juntando los mal logrados,
con un punzón de un estuche
hizo que estas tristes letras
una blanca piedra ocupen:

“Hero somos, y Leandro,
no menos necios que ilustres,
en amores y firmezas
al mundo ejemplos comunes.

El amor, como dos huevos
quebrantó nuestras saludes;
él fue pasado por agua,
yo estrellada mi fin tuve.

Rogamos a nuestros padres
que no se pongan capuces,
sino, pues un fin tuvimos,
que una tierra nos sepulte”.

- Francisco de Quevedo

AFECTOS VARIOS DE SU CORAZÓN, FLUCTUANDO EN LAS ONDAS
DE LOS CABELLOS DE LISI

En cressa tempestad del oro undoso
nada golfos de luz ardiente y pura
mi corazón, sediento de hermosura,
si el cabello deslaza generoso.

Leandro, en mar de fuego proceloso,
su amor ostenta, su vivir apura;
Ícaro, en senda de oro mal segura
arde sus alas por morir glorioso.

Con pretensión de Fénix encencidas
sus esperanzas, que difuntas lloro,
intenta que su muerte engendre vidas.

Avaro y rico, y pobre, en el tesoro
el castigo y la hambre imita a Midas,
Tántalo en fugitiva fuente de oro.

